

La muerte dura un ratito

El campo era bueno pero el agua escasa. Ese año, Topalda marcó nuevos jagüeles. Los dibujó primero en su memoria y después en las manos sobre la pala mientras escarbaba el duro suelo de la península, esta porción de tierra que habían transitado sus antepasados, entre los jarillales, los olivillos blancuzcos, las mareas altas.

Sobre los cien metros encontró agua. Y buena. Lo usual es encontrar agua salada en inmediaciones de la costa.

Estuvo primero probando la muestra con los ojos, a la orilla del pozo, poniendo un dedo, entrando a la sed. Fue sobre el mediodía caliente. Amontonó en la memoria largas filas de ovejas, las orejas gachas, unas contra otras, sedientas.

Era el quinto pozo que hacía construir.

—¿Mucha agua, José?

—Sí.

—¿No hay nadie abajo?

—No.

Y tomó con cuidado una piedra grande y la dejó caer. Desde abajo le llegó el ruido del agua golpeada. El pozo estaba bien calzado sin duda. Era gente ducha en esos menesteres. Bajaría él, con la hamaca hasta el fondo. Sobre la boca, los travesaños cruzados mantenían la roldana. El cable de acero era soltado por un aparejo. Antes de bajar, Topalda, ayudado por un espejo, miró el fondo brillante del pozo. Rechinaba el cable tirante, mientras traían a Topalda de vuelta hacia arriba.

—Faltan ochenta metros —dijo alguien.

Desde abajo, ascendía la voz de Topalda, en sordina. De pronto, el terreno de ripio que circundaba la boca del pozo comenzó a formar una pequeña abertura que dejaba escapar un hilo de tierra y piedras. El calce de chapas se abrió y se formó un embudo, al ceder la formación superior. Las paredes comenzaron a caer y golpeaban en la parte angosta de las chapas ahuecadas. Se alcanzó a escuchar la voz tranquila de Topalda, que decía:

—Bajen un hierro para hacer palanca.

Después llegó el ruido acompañado de los golpes que daba Topalda sobre la chapa para abrirse paso. El aparejo lo traía metro a metro, hasta que cedió parte del terreno interior. El ruido de la tierra apagó en el mediodía el grito de Topalda sobre las chapas.

Al día siguiente, iban el comisario, el juez y un hombre que manejaba, a cumplir en Puerto Madryn las formalidades de rutina por la muerte de Topalda. El

camino recto brillaba al sol. Los cerros a ambos lados dejaban escapar un humo azulado. El aire transparente se pegaba a los vidrios.

—Si lloviera —dijo el juez, y un halo caliente le golpeó el rostro como una fusta o una ofensa.

El hombre moreno que conducía el auto detuvo la marcha. Frente al auto, comenzó a correr un avestruz. Golpeaban sus patas contra el suelo pardo. En un ángulo de treinta grados, los alones giraban de derecha a izquierda, como un péndulo. El que manejaba tomó un fusil y apuntó. Sonó el disparo dentro del aire caliente.

El tiro dio de lleno en la parte posterior del animal y lo abrió de arriba abajo. El avestruz siguió corriendo siempre por el camino. El mismo vaivén, el mismo tac-tac de las patas. Las vísceras fueron abriendo un surco en el camino polvoriento. El auto seguía detrás.

El animal no disminuyó la marcha. De pronto, el avestruz levantó la cabeza, miró hacia el costado y torció el rumbo. Una mata baja enganchó las entrañas y lo sujetó un poco en su carrera, pero el animal siguió corriendo, vacío. Unos metros más allá, cayó definitivamente.

El hombre que manejaba imprimió más velocidad. El que iba en el medio pidió:

—Un poco más despacio, por favor.

El otro sonrió y habló:

—¿Tiene miedo de morir? La muerte, dura un ratito.



La casa

La idea de la casa comenzó un domingo por la mañana.

—Está haciendo frío —dijo ella.

Después miró el mar. Las paredes lisas, despintadas de la casa.

El hombre acercó un tronco de molle al hogar. El fuego, ardía confiado en la mañana gris, entre el hilo delgado del horizonte, el lento chillido de las gaviotas que parecían rebotar en la superficie blanda de los médanos, en la espada aguda de los olivillos.

Trató de recordar la historia que iba apareciendo en la memoria con ese aire que tienen los rostros; vistos desde un tren. Precisó el color de la cal, y las paredes recién levantadas. El orgullo de su padre.

Pero todo eso estaba lejos. Había que construir una casa nueva.

Por la mañana, bien temprano había venido el carpintero. Flaco, demasiado flaco, indefinido como una hilacha, con sus herramientas y una caja larga. Después supo que contenía un violín.

Supo también que el carpintero se llamaba Juan. Nada más que Juan.

Pocos sabían —el mismo Juan, casi no lo tenía en cuenta, sólo de tarde en tarde, en forma confusa, aparecía la noche, los aplausos, los curiosos en torno suyo, el arco bajando, con ese movimiento lento de los juncos, sobre las cuerdas tensas, (¡sí, sí! era como tocar la lluvia, el lomo de las olas, un pequeño pájaro golpeando el mar. Esto era todo, pero quizás no. No lo sabía bien)— que a veces preguntaban con un poco de timidez al principio, por el carpintero, para los sábados, y lo buscaban a lomo de caballo, en el sulky chico.

Y Juan desaparecía como una sombra.

Alguna vez había contado en el boliche, los días que había vivido en la cordillera. Cuando cae la nieve, el canto del gallo se escucha más lejos. El olor de la madera en los aserraderos se incorpora a la sangre, de la misma manera que la tiza se pega en las manos frente al pizarrón. Después, la madera bajo el cepillo, las virutas hurgando el aire.

Podía traer el cepillo de pa, su rostro feliz. Lo miraba a veces en el brillo de la tabla, que era pulido como el agua cuando está quieta y hay un buen sol.

Un día dejó de hacer muebles y se vino cerca del mar. Y ahora está ahí, midiendo la luz entre el ruido del taladro, los clavos, las virutas que parecen langostas saltanas.

La casa crecía. Se escuchaba el mar, batiendo la restinga, el viento del sur, sobre todo de noche. Por la mañana, las gaviotas copiaban un cielo bajo.

Resonaban los golpes en el campo. Altos, como si fueran banderas.

Juan, seguía amontonando clavos y cola. Las ventanas que daban al cielo eran lo más importante. Los pisos y las paredes podían pasar, pero las ventanas, no.

A veces, Juan dejaba las herramientas y tocaba el violín. Los chicos, primero, y luego los grandes, se acercaban confiados y se iban despacio, escuchando las notas, bailando a veces, cuando la tarde se demoraba con un lento ruido de jume, cayendo en granos redondos y verdes.

Las ovejas pastaban en la península, indiferentes a la vida y a la muerte, al crecimiento de las mareas.

(Ahora estoy sentado. El faro de Punta Norte volverá a prenderse a la noche. Es posible que los hijos vayan el domingo, a ese sitio crecido en el acantilado, al aire salado de las olas, al chasquido del agua. Es posible que la casa una vez terminada tenga luces para verla de lejos. Pero Juan no tiene hijos. No hay que dejar que las palabras nos cansen las manos, sabía decir su padre, que siempre estaba renaciendo de la herrumbre y el polvo).

Un buen día, el constructor habló con el hombre, con don Mariano, el dueño de casa.

Planteó las dificultades. Se dio el veredicto. La casa seguiría construyéndose y volvieron a escucharse los golpes, pero Juan se estaba quedando sordo. Cuando tocaba el violín, la luz no se quedaba en la carpintería.

Juan, miraba el rostro de los que llegaban a la ventana buscando aprobación, pero todos se iban sin hablar.

Las ventanas ya no tuvieron preferencia alguna.

Cuando la casa se terminó la gente tuvo que opinar que era algo nunca visto.

Pero cara, ¿no?

—Pero linda, ¿no?

El mismo Juan casi no lo tenía en cuenta. Sólo de tarde, cuando las palabras tienen más memoria de lo que han vivido, algún vecino decía:

—Hay una diferencia de nivel en el techo, el salón grande.

—¿El que tiene ventanales amplios?

—Sí, el que da al mar, y al cielo.

—Y mira al faro.

Se picó la pared. Se trabajó de nuevo. Y se recomenzaba. Don Mariano, el dueño de la casa, seguía con su fe limpia como la madera recién cepillada, porque le gusta recordar el color de la costa, los pies en la restinga, el lomo rosado de los cangrejos "en el mar siempre sin cesar empezando" de Valery, o acaso el de Milhoz, donde los muertos están borrachos de lluvia, pero vivos, resplandecientes como el dorso de los peces de mediodía.

Los defectos de la casa, crecían más rápido que los trabajos de reparación. A veces, se colocaban cinco ladrillos, diez, y se caían veinte.

Juan estaba sordo como una tapia. De cuando en cuando volvía a su violín y ensayaba unas notas. Entraba al viejo olor del bosque, a los altos pinos de la cordillera, cuando el sol corría arroyo abajo como una liebre blanca.

(Ahora está comenzando a crecer una melodía, estoy seguro de eso. El cepillo canta como un gallo y lo escucho saliendo de la nieve, alejando el viento del sur, sobre las olas, cerca de los médanos polvorientos. La gente vuelve a crecer y sobre todo los niños a mi alrededor. La muerte no existe).

Cuando no quedaron más que los cimientos, don Mariano, comenzó a formular nuevos proyectos. La casa se levantaría de todas maneras.

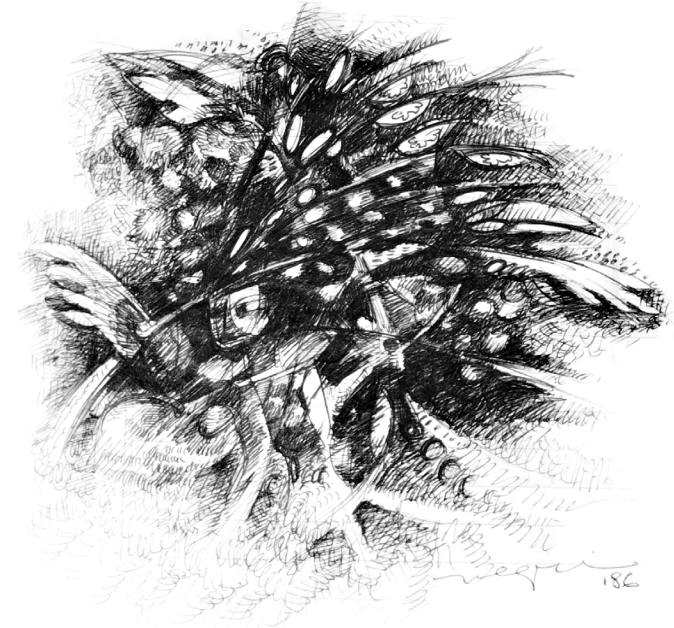
Cuando Juan tocaba el violín, la luz comenzaba a inundar la habitación como antes.

La casa se terminaría.

Afuera, las ovejas parían. El pasto y el verano, también. Y el mar.



Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
www.edicionesdesmesura.com
N°179 - Año XI - Julio de 2023
San Carlos de Bariloche



DAVID ARACENA

DOS CUENTOS DE
PAPÁ BOTAS ALTAS

DIBUJOS
BLANCA NEGRI